

El problema de la identidad personal en "Corte de corteza" de Daniel Sueiro

Bienvenido de la Fuente
Universität Düsseldorf

Sí, *Corte de corteza* rompe con mi novelística anterior. No sé si este camino vale o no, pero es distinto. No quiero ser pedante, pero he procurado que tenga un valor menos provinciano.

(Sueiro en Fernández-Braso 1969: 10)

Con estas palabras, dirigidas a su interlocutor Fernández-Braso, intentaba Daniel Sueiro situar entre la novelística española de última hora su obra recientemente aparecida, apartándola del realismo social del que antes había sido él un fervoroso cultivador. Con *La criba* (1961), *Estos son tus hermanos* (1965), *La noche más caliente* (1965) y *Sólo de moto* (1967) había adquirido el novelista, en efecto, un puesto muy importante en el realismo social, al lado de los representantes mayores, entre otros Grosso, López Pacheco, López Salinas, Marsé y naturalmente J. Goytisolo. Con *Corte de corteza* (1969) piensa Sueiro ser consecuente con el anatema que poco antes había pronunciado contra este tipo de novela. En la ponencia que presentó en 1968 en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander puso en duda, en efecto, el valor de tal dirección literaria e indicó que había llegado el momento de hacer una revisión de ella (cf. Sueiro 1969 a). El cambio de opinión es grande, y parece haberse dado en poco tiempo, si tenemos en cuenta que *Sólo de moto* es del año 1967 y que poco después había dicho respecto a su temario literario:

"Creo que [los temas] se notan en todo lo que escribo. Los asuntos locales, inmediatos y nuestros. Y dada mi concepción de la literatura, precisamente aquéllos que exigen una denuncia, una llamada de atención sobre ellos. En pocas palabras, hablar de lo que no se habla" (Sueiro en Núñez 1966: 4).

Notemos la diferencia respecto a *Corte de corteza*. Ahora no quiere saber nada de provincialismos. Su intención es tratar temas más amplios, temas de carácter universal, y tratarlos de una manera nueva. Así cree haberlo hecho en su reciente novela:

"Yo he decidido en esta novela escribir sobre cosas nuevas y hacerlo de una manera no tan aburrida, sino más apasionante, y a mi modo de entender, más libre" (Sueiro en Fernández-Braso 1969: 11).

Esta manera de pensar y de actuar no es sino un exponente del cansancio general existente entre los novelistas españoles por aquellos años y un ejemplo de los anhelos

de superación que muchos de ellos mostraron. Recordemos sólo las severas críticas de J. Goytisolo (cf. 1976: 77 ss.) a los cánones tradicionales y no olvidemos que por las fechas de aparición de *Corte de corteza* se publica una serie de novelas que se apartan considerablemente tanto en la temática como sobre todo en su estructura narrativa de los cánones vigentes. Sirvan de ejemplo *Volverás a Región* (1967), *Parábola del naufrago* (1969), *San Camilo 36* (1969) así como *Señas de identidad* (1966) y *Tiempo de silencio* (1962).

No es mi intención dilucidar si *Corte de corteza* está a la altura de las obras mencionadas por lo que respecta a la parte formal. Yerro, que se ha ocupado con cierta detención de la obra, la coloca entre estas obras revolucionarias, pero no sin añadir que es "la más tradicional" de las que analiza él (Yerro 1977: 61). Con todo, la frecuencia con que aparece usado el monólogo interior, la técnica perspectivista con que nos son presentados los hechos, los saltos espaciales y rupturas temporales que aparecen en la narración así como otras nuevas técnicas narrativas permiten situar la obra entre las novelas innovadoras de última hora, puesto que reclama para ella Sueiro mismo, como hemos visto, y que le fue otorgado por la crítica en su día, al concederle el premio Alfaguara.

Mi propósito es examinar la obra bajo el tema que me parece central en ella y que se halla tratado en no pocas novelas españolas modernas: el problema en torno a la identidad personal. Traigamos al recuerdo en un primer paso la historia que nos narra Sueiro:

Adam, un señor de 40 años, de mediana estatura, pelo negro y barba cerrada, cara afilada y nariz más bien larga, profesor de Universidad, separado de su mujer desde hace tiempo, va por la calle una buena mañana con su amiga Sonia, una joven estudiante. Agarrados de la mano, van muy de prisa a comprarse una cama portátil, después de haber pasado la noche anterior juntos en una demasiado estrecha y, al parecer, incómoda. Desgraciadamente cruzan la calle en el preciso momento en que hay allí un tremendo tiroteo, cosa corriente en esa ciudad, en el cual resultan heridas varias personas y hay incluso algunos muertos. Entre los heridos se halla naturalmente Adam. El lugar de acción, si bien imaginario, no es otro que una gran urbe norteamericana. No faltan indicios en la obra de que nos hallamos en Nueva York. En esta ciudad hay un hospital enorme y famosísimo que dispone del mejor equipo de quirurgos del mundo, compuesto por los doctores Castro, Marius, Fushia, Sebastián y por el omnipotente y sapientísimo profesor Blanch, director del centro. Pronto van siendo llevados al hospital los heridos, entre los que se halla Adam. Este es bienvenido a la clínica, ya que ha sido herido tan gravemente en el hígado que no podrá ser operado, y como tiene tarjeta de donante universal, podrá ser utilizado para que pueda seguir viviendo otra persona, David Davis, que se halla en trance de muerte por tener cáncer de cerebro en una fase ya muy avanzada. La manera es clara: por medio de un trasplante de cerebro. Y en efecto, hechos los preparativos necesarios y consultados los familiares y allegados, el profesor Blanch y su equipo, dando gran pomposidad al acto a través de la televisión, realiza el trasplante. Es el primer trasplante de cerebro hecho por un habitante de la tierra, que haya tenido éxito – al menos así parece al principio. Adam, el donante, vive en el cuerpo de David. Su cuer-

po ha muerto y ha sido enterrado. David, el receptor, ha muerto también. Su cerebro ha sido tirado al cubo de la basura, pero su cuerpo vive, animado por el cerebro de Adam. A pesar de las dificultades que nacen después del transplante, se tiene la impresión largo tiempo de que la historia va a tener un término feliz. No es así. Adam-David termina envenenándose, y Castro, que fue, por decir así, su médico de cabecera, se suicida en un circuito automovilístico.

No es lo más importante en la novela la historia como tal, que en algunos casos llega a pecar de simplista y no exige demasiada facultad imaginativa. Naturalmente que la historia no se nos narra en forma lineal, como en el resumen que acabo de hacer, sino que se dan en ella continuas rupturas temporales y saltos espaciales, como ya indiqué antes. Desde distintos ángulos nos sitúa Sueiro en un mundo imaginario, aún no existente en el día en que publicó su obra, día no muy lejano, a unos 15 años de distancia. Tanto el transplante de cerebro como otros muchos adelantos científicos imaginarios que envuelven la trama hacen de *Corte de corteza* una novela de ciencia-ficción, aunque en ella haya, por otro lado, varios elementos que la separan de tal dirección literaria. El mundo que se nos presenta es inmediato y no desligado de la realidad, como advierte el mismo Sueiro (cf. en Fernando-Braso 1969: 10). Este arraigo en la realidad distingue ciertamente a *Corte de corteza* de la mayor parte de las obras que la precedieron en la temática, algunas de las cuales pudieron servir de orientación al autor.¹ Por otro lado este mismo arraigo en la realidad – ante todo por la posición crítica que toma el autor – acerca la obra a la novelística española más reciente.

De gran importancia y actualidad es sin duda la problemática central de la obra. Una parte considerable está dirigida a presentarnos los problemas que halla el hombre ante el progreso. ¿En qué medida le está permitido al hombre cambiar el orden establecido por la Naturaleza? ¿Hasta dónde le es lícito llegar al hombre en el progreso científico? ¿A qué peligros está expuesta la persona en un mundo dominado por la tecnología? Estas son preguntas fundamentales sobre las que quiere Sueiro hacernos reflexionar en la lectura de *Corte de corteza*. Para ello parte como base de los últimos avances en el campo de la medicina. ¿Hasta qué punto se puede y es lícito llegar en la conservación de la vida? ¿No hay límites? En el caso ilustrado en la obra, ¿es posible y lícito un transplante de cerebro, aun a costa de la pérdida de la identidad personal que un transplante tal llevaría consigo?² Partiendo Sueiro del supuesto de que en el cerebro está el principio de la vida, el alma, la conciencia, es decir, lo esencial de la persona, el transplante del cerebro implica un cambio de la identidad personal. Adam sigue viviendo después de la operación; ahora vive en un cuerpo ajeno, mientras que de David sólo existe el cuerpo, no su personalidad. Un tal transplante de cerebro trae consigo problemas graves, incluso insolubles, según Sueiro. Veamos las principales:

En primer lugar el transplante de cerebro, es decir, el cambio de la identidad en la forma en que se da en *Corte de corteza*, topa con el problema del autorreconocimiento y autoaceptación: Adam se siente en cuerpo ajeno y este cuerpo no se aclimata a las inclinaciones y deseos de su fuerza motriz. Intencionadamente, a no dudar, ha elegido por eso Sueiro para el transplante dos personas bien distintas, tanto fisiológica

como psíquicamente. En esto nos recuerdan Adam y David a Nanda y Schridaman, los personajes que cambian por confusión sus cabezas en el relato de Thomas Mann *Die vertauschten Köpfe*, así como las dos distintas identidades de *Dr. Jekyll and Mr. Hyde*. Adam es de compleción débil:

"El culto del cuerpo nunca le había atraído, él era un hombre enteco y magro, más bien flaco, sin tiempo para el deporte ni ganas de gimnasias ridículas."³

Casi lo contrario David. El es de buena constitución física, alto y fuerte. Marius se dirige a él en las siguientes palabras:

"no creo que haya más de una docena de hombres en todo el país con sus condiciones físicas y su entrenamiento deportivo" (p. 45).

No menos diferentes son Adam y David por lo que respecta a su manera de ser y obrar. Adam es un intelectual inconformista, insatisfecho con la sociedad en que le ha tocado vivir. Se caracteriza ante todo por su ultraísmo y humanitarismo. Si de estudiante tomaba parte en mitines y manifestaciones, es ahora él, siendo profesor, quien las dirige y alienta. David, por el contrario, personifica al hombre masa, guiado en sus actos por el afán de confort, ávido de ascenso en la vida de negocios aun a costa de su deshonor. Es el conformista con el orden establecido. Entre dos tipos así es imposible toda clase de injerto. Entre el cerebro de Adam y el cuerpo de David no podrá haber acoplamiento. El transplante está llamado al fracaso.

En segundo lugar el transplante presenta como problema el reconocimiento y aceptación de Adam por parte de sus familiares y conocidos. Para ellos Adam realmente no existe. En parte han estado presentes en su entierro. Cuando en el cuerpo de David llega Adam a su piso, los vecinos no le aceptan, teniéndole más bien por un ser raro:

"ese individuo no me gusta nada, debe ser un fugitivo, a lo mejor es un loco, fíjense en su aspecto, ¿no notan algo raro en él?, desde luego nuestro vecino no es, mucho tiene que haber cambiado, je, je, hoy día ocurren unas cosas muy raras, ¿no ha leído usted que los hombres se pueden convertir en mujeres y las mujeres en hombres?" (p. 184).

Idénticos problemas tiene más tarde en su deseado reencuentro con los estudiantes y luego con su amiga Sonia. En el piso de Adam intenta reanudar sus costumbres, tomando en compañía de Sonia el jerez con trozos de manzana. La bebida no le gusta más. Ahora prefiere tomar whisky. A ella, que había presenciado el entierro de Adam, no le es posible contener su dolor, al tener ante sí aquel cuerpo extraño que no puede amar:

Problema de identidad personal en "Corte de corteza"

"no podía apartar sus ojos de aquel rostro, aquellas manos, todo aquel cuerpo irremediabilmente extraño" (p. 194).

Un problema no menos grave representa la falta de identidad legal de Adam. Este ha sido enterrado y ha sido extendido un certificado de defunción. Para la ley no existe. Sabemos, sin embargo, que su memoria, su alma, sigue viviendo en el cuerpo de David, es decir, que en realidad Adam es responsable de los actos del cuerpo de David. El caso es remitido a la próxima reunión del Congreso, otorgándole a Adam una tarjeta de identidad provisional, extendida al nombre de Adam pero con una foto con el rostro de David.

Por último, el transplante de cerebro crea un problema religioso. Partiendo del supuesto de que en el cerebro se halla el principio de la vida, el alma, significa el transplante una separación entre el cuerpo y el alma. ¿A quién se va a castigar o premiar el día de la resurrección? ¿De las acciones de qué cuerpo será responsable el alma de Adam? No son éstos, problemas que preocupen a Adam. Sueiro le deja libre de todo problema religioso. El problema lo pone en manos de un sacerdote, el padre Lucini, director espiritual del hospital, y en manos de Castro, como representante del equipo científico. Para el padre el transplante que se va a realizar es un acto de soberbia que merece castigo. Para él la vida en esta tierra es sólo un paso hacia otra vida, por eso no le importa conservarla a toda costa, mientras que para Castro la vida tiene valor en sí misma y, como científico, tiene que luchar por conservarla (cf. pp. 39 ss.).

El transplante de cerebro exige un precio muy elevado: la pérdida de la identidad personal. Adam ha perdido la identidad ante la ley y ante sus prójimos. Sobre todo, sin embargo, ha perdido la identidad ante sí mismo. Aunque un tratamiento intenso de cirugía estética, como el que propone el doctor Sebastián, hubiera podido, en efecto, mitigar o incluso solucionar el problema legal y hubiera podido ocultar la verdadera identidad ante los demás, con ello no habría desaparecido el problema fundamental, el cual consiste en que Adam tiene conciencia de haber perdido su identidad. El es consciente de que no es Adam, viviendo en el cuerpo de David. Adam no puede adaptarse a su nuevo cuerpo. Aunque le someten a sesiones especiales de psicólogos, neurólogos y fisiólogos, él sigue siendo el que había sido antes:

"Callaba, aparentaba interés. Pero aquella especie de terapéutica le mortificaba y le ponía malo. No la necesitaba, no pensaba necesitarla. El era él y seguiría siendo él mismo" (p. 161).

La pérdida de la identidad personal es para Sueiro un precio demasiado elevado para un transplante. Esto creo que puede explicar que el transplante nos sea presentado como un fracaso. Conociendo los adelantos en el campo de la medicina de que dispone el sapientísimo Blanch – incluso el cáncer es curable – choca mucho al lector el final que pone Sueiro a Adam. El cerebro está incurablemente enfermo, pero él no muere de esta enfermedad. El no es sabedor de la gravedad de su estado. Adam pone fin a su vida por no poderse adaptar a su nueva situación. La policía lo halla muerto en el sofá con una manzana en la mano. Adam muere recordándonos su verdadera

identidad. La manzana, en efecto, va unida a Adam en perfrasis del Génesis, como señala Iglesias Laguna (1969: 163), y sirve para evocarnos momentos de la vida de Adam antes del transplante y con ello nos trae al recuerdo su verdadera identidad. Recordemos el siguiente pasaje de los últimos minutos de la vida de Adam, cuando está tomando las pastillas mortíferas mezcladas con vino de jerez y trozos de manzana, pasaje que pone de manifiesto también su nostalgia por su antigua personalidad:

"Alargó un brazo hasta alcanzar una pequeña carpeta llena de fotografías, viejas historias, Adam con Olga, Adam con Sonia, Adam con otras muchachas, otras gentes de las que ni siquiera podía recordar los nombres; Adam entre los estudiantes, Adam menudo y vivo, moreno, pequeño, casi insignificante, no demasiado seguro de sí mismo, no demasiado indefenso, a pesar de todo; Adam estudiante, Adam exiliado, Adam brillante y temible, el amigo Adam" (p. 235).

Como vemos, Sueiro no ha abandonado su tarea de llamar la atención sobre problemas sociales y de criticarlos. El transplante de cerebro de *Corte de corteza* no hay que verlo sino como un ejemplo para mostrar a qué extremo se puede llegar en nuestra sociedad. Ante el adelanto técnico, ante el progreso en general, y aquí ante el adelanto en el campo de la medicina, el individuo está en continuo peligro de perder su personalidad.

En la novela, además del transplante, nos son presentados otros muchos casos límites que ponen de manifiesto cómo el hombre puede llegar a ser víctima de sí mismo. En la gran fiesta que celebra en su finca el profesor Blanch, quien en varios aspectos nos trae al recuerdo al profesor Marek de ... *Et mon tout un homme* de Boileau/Narcejac, y a la que asiste el mismo Presidente de los Estados Unidos, nos van siendo presentados los inauditos adelantos científicos que se han realizado bajo su dirección y se nos llama continuamente la atención sobre los peligros que conllevan. En el jardín tanto la fauna como la flora están manipuladas. Árboles y animales han sido convertidos en verdaderos monstruos. La individualidad dentro de la especie ha desaparecido. A no menos monstruosidades – vistas éstas así desde entonces – se ha llegado por lo que respecta al género humano, como vemos luego en el interior del edificio. El sexo puede ser alterado a capricho mediante la inseminación artificial; el embrión humano puede ser desarrollado fuera del cuerpo humano; se practica la partenogénesis, aunque se advierte en la obra que es preferible no prescindir completamente del macho por los negocios altamente lucrativos que se pueden hacer con el semen. No sólo es posible determinar y manipular el nacimiento del ser humano sino también la duración de su vida. En la clínica del profesor Blanch se practica, en efecto, la congelación tanto de órganos humanos como de cuerpos enteros.

A base de este ambiente, que es presentado como algo monstruoso, ambiente ya vaticinado en las pinturas de Hemesen y El Bosco que cuelgan de la pared del salón, van siendo puestos de relieve los peligros a que está sometido el hombre ante el progreso. No creo que se pueda decir que Sueiro esté en contra del progreso como tal, sino sólo en cuanto que éste puede llegar a servir para la destrucción, como le

ocurre a Adam y al mismo Blanch. El progreso en el campo de la medicina es condenado en cuanto que ha llegado al extremo de cambiar el orden establecido por la Naturaleza; referente al ser humano, en cuanto que ha llegado a quitarle su identidad personal.

Sueiro se aparta, pues, en *Corte de corteza* del realismo social, ya que nos presenta un mundo imaginario diametralmente opuesto al reinante en este tipo de novelas, mundo imaginario en sus días, aunque hoy en día convertido en realidad. También se aparta en gran medida en lo que se refiere a la técnica compositiva. Respecto al modo de entender la misión del novelista, sin embargo, no se han dado en él grandes cambios. La crítica social es tan fuerte y sobresaliente – también en otros sectores de la vida social que no han sido tratados aquí – que parte de los críticos quiere incluso negar a *Corte de corteza* un puesto dentro de la novela de ciencia-ficción. Así lo hace Ana María Morales (1974: 187) quien ve en lo que la novela tiene de ciencia-ficción sólo "una pantalla para explicar las muchas cosas que quiere decir." Tenemos el mismo fenómeno que en la novelística más reciente, llamada por unos "estructural" por otros "nueva novela". También aquí se intenta salir del "provincialismo", ampliando el campo temático, pero la posición crítica del realismo social sigue teniendo vigencia. Tanto por el intento de renovación formal como por la posición crítica que toma el autor, encuadra a mi parecer *Corte de corteza* en esta novelística española de última hora. Ante todo tiene de común con ella el problema central que Sobejano (1975: 599) describe como "el esfuerzo por averiguar la identidad de la persona en su amplio contexto social." Tanto *Parábola del naufrago* de Delibes, *Señas de identidad*, *Reivindicación del conde don Julián*, *Juan sin tierra* de Goytisolo, *San Camilo 36* de Cela y *Tiempo de silencio* de Martín Santos presentan, en efecto, un protagonista como el de *Corte de corteza* en lucha por no perder su identidad personal o en su afán por buscarla si la ha perdido.

NOTAS

- 1 Iglesias Laguna (1969: 163) indica como precursores temáticos *Dr. Jekyll and Mr. Hyde* de Robert Louis Stevenson, *Juan o Carlos y Carlos o Juan* de Tomás Borrás y *Die vertauschten Köpfe* de Thomas Mann. Como predecesor más remoto habría que poner a *Frankenstein oder der moderne Prometheus* de Mary Shelley. Son perceptibles también no pocas coincidencias con la novela policíaca de B. Boileau/T. Narcejac...*Et mon tout un homme*.
- 2 El término es empleado aquí en el significado que se le suele dar en las recientes teorías sociológicas, pero en su más amplia acepción, apareciendo a veces en su lugar términos como personalidad, persona, individualidad etc.
- 3 Daniel Sueiro, *Corte de corteza*, Barcelona, 1969 (1982). A continuación se cita sólo la página directamente en el texto. En el trabajo aparece entre paréntesis la edición que se usa en él. Esto vale para el resto de la literatura citada.

BIBLIOGRAFIA

Fernández-Braso, Miguel

- 1969 "La novela ganadora del IV Alfaguara en los escaparates. Daniel Sueiro dentro y fuera de casa." En *La Estafeta Literaria*, 415 (1º de marzo): 10-11.

Goytisolo, Juan

- 1967 *EL furgón de cola*. Barcelona (1976).

Iglesias Laguna, Antonio

- 1969 "Mundo gris y alucinante". En *La Estafeta Literaria*, 421 (1º de junio): 163.

Morales, Ana María

- 1969 *4 novelistas españoles. M. Delibes; I. Aldecoa; D. Sueiro; F. Umbral*. Madrid.

Núñez, Antonio

- 1966 "Encuentro con Daniel Sueiro". En *Insula*, 233 (junio): 4.

Sobejano, Gonzalo

- 1975 *Novela española de nuestro tiempo*. Madrid.

Sueiro, Daniel

- 1969a *Corte de corteza*. Barcelona, (1982).

- 1969b "Silencio y crisis de la joven novela española". En *Prosa novelesca actual*, Vol. II, pp. 159-178, Madrid.

Yerro Villanueva, Tomás

- 1977 *Aspectos técnicos y estructurales de la novela española actual*. Pamplona.